

UN DIA CUALQUIERA EN LA ESCUELA NACIONAL

La Escuela Nacional de Bubierca estaba ubicada al final del Barrio del Hortal .Tras bajar una pequeña pendiente, a la izquierda del camino que mas adelante atraviesa el Río Jalón.

Cuando llegué a la escuela con seis años de edad. Bubierca tenía maestra y maestro, con niñas y niños separados. Las niñas recibían las clases en el primer piso, y los niños en la planta baja.

Pero cuando dejé la escuela con doce años para ir a Valladolid, para estudiar en un colegio de frailes misioneros. Esta, era mixta, bajo la dirección de una única maestra.

A pesar de ocupar un pequeño espacio y, de carecer de instalaciones deportivas y de cuarto de baño. La imaginación e ingenio del maestro y los alumnos paliaban dichas carencias, tal y como relataré a continuación.

Para hacer nuestras necesidades fisiológicas, nos desplazábamos a orillas del cercano Río Jalón.

En aquel tiempo era habitual, que algunos niños tuvieran que contribuir, con su trabajo, a la economía familiar. Por ello, no era extraño que faltaran a clase en épocas de vendimia o recolección de otras cosechas agrícolas. No sin el enfado, la impotencia y, la reprobación del maestro para con los padres de estos niños.

De la mañana a la tarde, un día cualquiera en la escuela, podía ser de la siguiente manera.

Horas antes de ir a la escuela.

En época de recogida de cerezas, nos levantábamos antes del amanecer. Nos desplazábamos al campo, recogíamos las cerezas y, regresábamos a casa.

Si había venido Mosén Efrén, fraile cisterciense que visitaba Bubierca en torno a una vez al mes. Cogía la llave de la Ermita de la Virgen de la Esperanza y, en mi condición de monaguillo, le ayudaba a ponerse la ropa de celebración y en la misa. Era una misa sin feligreses, con la sola presencia de cura y monaguillo. Apenas nos cruzábamos mas palabras que las necesarias para la celebración de la misa.

Como las viviendas carecían de agua corriente. Antes de ir a la escuela íbamos a por agua a la fuente. Normalmente repetíamos esta actividad tres veces al día. Por la mañana, a medio día, y por la tarde.

Tras desayunar un tazón de leche condensada disuelta en agua, con Cola Cao y pan. Nos íbamos a la escuela, sin olvidar el bocadillo, ni de pasar por la casa de Octavín. Allí Basilisa estaba preparando los mejores bocadillos de patatas fritas que he conocido. Creo que estaban hechas en el aceite donde antes había freído torreznos.

Al llegar a la escuela.

Don Félix nos ordenaba ponernos en fila, y a cubrirse. Tal y como se hace en el ejército.

Después de la pertinente revisión higiénica de pelo, orejas, cara, y manos; nos ordenaba entrar con calma en clase.

En los primeros años, no existía la televisión escolar, ni teníamos televisor en la escuela. Cuando programaron “la televisión escolar”, la escuela fue dotada del correspondiente televisor. El maestro nos ponía durante dos horas el citado programa,

que estaba pensado principalmente para suplir las carencias educativas de las escuelas nacionales y de los maestros de la España rural.

Mientras tanto, en la estufa de carbón y leña que teníamos en la escuela, se estaba preparando una enorme cazuela con leche en polvo disuelta en agua, que posteriormente tomaríamos todos en clase.

Para que aprendiéramos a manejar el dinero, y a realizar compras. Cada día uno de nosotros íbamos, al horno de la señora Emerenciana, a comprar el pan para la familia del maestro. Doña Josefina su esposa, nos daba un pequeño obsequio, tras entregarle el pan y las vueltas del dinero.

El sistema de enseñanza que utilizaba el maestro fomentaba la competitividad entre los alumnos, en todos los niveles. Aunque distinguía entre mayores y pequeños. A todos nos agradaba ser el primero de la clase, o estar entre los primeros cada semana. Así pues, tras participar en las diferentes actividades formativas, nos daba una puntuación, y nos colocaba en clase en el pupitre correspondiente a tal puntuación.

La formación que nos impartía consistía en leer, escribir, dictado y corrección de faltas de ortografía, caligrafía, conocimiento y cálculo matemático, geometría, religión, historia, geografía, dibujo y pintura, gimnasia, y formación del espíritu nacional. Para conocer el medio natural. Buberca era un marco incomparable, donde podías aprender todo lo relacionado con la agricultura, la naturaleza, o los animales. Aunque el maestro, siempre nos aportaba su opinión y conocimiento de la materia.

No menos importante eran los ejercicios de memorización. Al respecto, recuerdo a todos los alumnos colocados en círculo, bajo la dirección del maestro, repasando las tablas de sumar, restar, multiplicar, y dividir. Por ejemplo, si practicábamos la tabla de multiplicar por el número tres. Al primer alumno le tocaba decir tres, porque tres por uno es igual a tres. Al siguiente, le tocaba decir seis, porque tres por dos es igual a seis. Al que fallaba le apuntaba un punto negativo. Y al que tenía menos puntos negativos, le colocaba el primero de clase, sentado en el primer pupitre de la izquierda, en la primera fila.

La primera frase que memoricé, tras prepararla en casa en forma de deberes mandados por el maestro, fue la siguiente: “No es bueno jugar en sitios cerrados porque el aire, al no renovarse, se vicia”.

En los recreos, después de comer el bocadillo, mientras las niñas jugaban a las tabas, a la comba, o a la goma. Los niños salíamos como un cohete corriendo hacia las eras para jugar al balón. Elegíamos a dos capitanes, que tras jugarse a pies la elección de los jugadores, formaban dos equipos, con el arbitraje del maestro. Al principio las porterías eran un sencillo par de piedras en el suelo. Mas tarde,, las hicimos con palos de madera clavadas en el suelo, y sujetas con piedras.

A veces, todos juntos, niños y niñas, jugábamos al pañuelo

El maestro no descuidaba nuestra educación física. Así pues, en el pequeño patio de la escuela, practicábamos el salto de longitud, el triple salto y, el salto de altura. Previamente, habíamos rellenado el suelo con arena, que antes habíamos transportado en carretillo y cubos desde el río. Igualmente realizábamos ejercicios gimnásticos de brazos, cuello, piernas, estiramientos y, flexiones.

A medio día regresábamos a casa para comer. Y tras la comida, volvíamos a la escuela hasta la hora de la merienda.

Merienda, juegos y, castigos.

Nuestra merienda era muy variada. Dependiendo de la época del año, merendábamos pan con diferentes productos como onzas de chocolate, mostillo, vino y azúcar, con nata, azúcar y canela, chorizo o longaniza, panceta, sardinas rancias, etc.

Respecto de los castigos. Recuerdo que el maestro no era partidario de utilizar la violencia como norma general. Aunque a alguno de nosotros, excepcionalmente, y en función de la gravedad de la travesura, nos tirara la tiza mientras escribía en la pizarra, nos tirara de la patilla o de la oreja, o nos diera algún leve golpe con la regla o con la mano. Eran más habituales los castigos sin recreo y, copiando muchas veces en la pizarra o en papel, alguna frase correctora de determinadas conductas.

Después de la merienda, hacíamos los deberes y, una vez finalizados estos, íbamos a la calle a jugar. Jugábamos al pañuelo, a la tala, al hínque, a espadachines, a indios y vaqueros, al corroncho que era un aro con una guía, etc. Dependiendo lo que retransmitieran por radio o televisión, jugábamos, además de al balón, al boxeo, al hockey con un palo y una pelota, etc.

No menos interesante eran las colecciones de cromos de fútbol, animales, u otras cosas. Dichos cromos salían en los envoltorios de los chicles, en las chapas de los tapones de las botellas o, en otros formatos.

Recuerdo que una tarde me desplazé al Barrio del Camino con Mari Carmen, sobrina de Miguel Monreal Tello, para conseguir un cromo del “ornitorrinco”. Ella era la primera que tuvo repetido este cromo en Bubberca. Su cromo valía un buen número de cromos de la colección. Mari Carmen era una dura cambiadora de cromos.

Actividades extraescolares.

La televisión en la escuela, nos permitió, bajo la supervisión del maestro, disfrutar de actividades extraescolares. Admirábamos, series como las de un bonito caballo negro llamado “Furia”, o los partidos de baloncesto del Real Madrid de Carmelo Cabrera, Emiliano, Luyk y un joven Corbalán, entre otros; contra el Ignis de Varese italiano de Dino Meneghin. El baloncesto no era sólo afición de chicos. También las chicas disfrutaban con el juego de los gigantes. A Esperanza Romero Cambronerero y a otras, les encantaba este juego.

Félix Rodríguez De la Fuente y, programas como “Fauna”, no solo nos enseñaban a conocer las costumbres del lobo, el alimoche, el quebrantahuesos u, otros animales desconocidos para nosotros. También nos enseñaba la paciencia y los medios técnicos que se utilizaban para tomar aquellas inolvidables imágenes.

La llegada de Félix Rodríguez De la Fuente, hizo que aprendiéramos que no estaba bien cazar pájaros con liga, pisar hormigas, apedrear perros, ahogar gatos recién nacidos en la acequia o, masacrar a cualquier animal o planta que se nos pusiera en el camino.

MI PRIMERA COMUNION

Aunque yo tomé la primera comunión mas tarde que los niños de mi edad, debido a que mi padre sufrió una grave enfermedad durante mas de año y medio. He de reconocer, que casi a mis diez años de edad, aún no tenía formada una idea de lo que es la fe y el sentimiento religioso.

Mi contacto con la religión católica, era debido al entorno social, a la tradición familiar y, a las enseñanzas de las oraciones, tales como el, “Padre nuestro”, el “Credo”, el “Señor mío Jesucristo”, el “Ave Maria” y, los “Diez Mandamientos”.

Todas estas oraciones las aprendí, antes de tomar la primera comunión. Al igual que la confesión de rodillas y postrado en el confesionario ante el cura.

La verdad es que no tenía ni idea, ni conciencia de lo que para la religión católica significa el pecado.

Cuando me enfrentaba al cura en la confesión, casi siempre repetía la misma cantinela: “Padre, me acuso de pegar, blasfemar alguna vez, reñir, jugar en clase y en la Iglesia, desobedecer y, nada mas”. Todo se arreglaba con una penitencia, que consistía en rezar un padre nuestro y tres avemarías.

Tampoco tenía muy claro lo que significaba el arrepentimiento. Pero, me parecía bastante chollo, el perdón de Dios, que te otorgaba el cura. A cambio de rezar tan pocas oraciones.

Para mi celebrar la primera comunión era motivo de alegría, porque significaba que mi padre estaba curado de su enfermedad.

El resto de cosas, no tenía ningún atractivo especial. Aunque los acontecimientos que ocurrieron ese día, hicieron que lo recuerde siempre.

Así pues, al igual que la mayor parte de los niños de la calle Bajera, el traje de comunión me lo dejó José Luís. Pepe el Escalada y su señora, me prestaron el precioso traje de príncipe, que había llevado su hijo en su primera comunión.

Ese día, mis tíos, primos y, abuelas llegaron pronto a casa, para ayudarle a mi madre a preparar la comida. También me trajeron algún regalo .Recuerdo con especial cariño, un pantalón corto de color blanco y, un camisero verde de manga corta.

Me lo puse desde primera hora de la mañana. Bajé a la calle. Y tuve la suerte de ser victima de la costumbre del ¡agua va!. Valentina, la tía abuela de Octavín y de sus hermanos, tenía problemas de visión. Pero me acertó de lleno con el agua.

La comida la hicimos en casa, acompañados de familiares, amigos y, vecinos. Recuerdo la ensaladilla rusa, la paella, el cordero, el melocotón y la piña en almíbar.

Pero la sorpresa del día estaba por llegar. Mi tío Domingo, casado con Manolita la hermana mayor de mi madre, se encontró con Octavio, el marido de Basilisa. Esto no tendría nada de particular, si no fuera porque no se habían vuelto a ver desde el final de

la guerra civil española. Habían pasado, sin verse, treinta años, en el momento de celebrar mi primera comunión. A pesar de vivir relativamente cerca, el primero vivía en Villalba de Perejiles, y el segundo en Bubierca, nunca se habían vuelto a ver desde entonces.

Para ambos fue un día de buenos y malos recuerdos. Ambos fueron los únicos supervivientes de su Compañía tras una de las escaramuzas del frente del Ebro. Ambos fueron reclutados, siendo casi niños, por el ejército de Franco. Y vivieron la desgracia de participar y vivir en aquellos años de terrible guerra y posguerra entre hermanos.

Estoy seguro, que el amor que se profesaban Octavio y Basilisa, mis tíos Domingo y Manolita y tantas otras personas de su generación, hacía que superaran todos los avatares de sus vidas, llenándoles de felicidad.

MI VISION DE LA IGLESIA EN BUBIERCA

Era evidente que en Bubierca convivían, en el seno de la Iglesia Católica, dos facciones diferenciadas. Porque ambas obedecían a intereses diferentes.

Por una parte, estaba la facción representada por los frailes cistercienses radicados en Santa María de Huerta, pequeña población soriana. Pero que poseían en Bubierca, una casa, fértiles y abundantes tierras, la maquinaria agrícola mas moderna de la época, abonos como el Nitrato de Chile, un Administrador de sus propiedades y, una cuadrilla de obreros agrícolas dirigidos por un Capataz. Se decía en el pueblo, que estas tierras las habían heredado los frailes de un rico hacendado, que murió sin descendencia, llamado Felipón.

La fruta de primera calidad, que producían, era transportada en su tractor desde las fincas a la plaza del pueblo. Allí apilaban los cajones llenos de fruta, para ser cargados por la noche, en grandes camiones que abastecían diferentes mercados de abastos de grandes ciudades. Principalmente abastecían de fruta al mercado de Madrid.

Una vez al mes, llegaba a Bubierca, procedente de Santa María de Huerta, Mosén Efrén.

Entre las tareas a desarrollar por este fraile estaban, celebrar misa en la Ermita de la Virgen de la Esperanza; conmigo de monaguillo. Y, departir con Pepe el Escalada, su Administrador, sobre la administración de los bienes de los frailes en Bubierca.

Mosén Efrén, era un fraile de pocas palabras, casi sin pelo, fibroso, cincuentón y, siempre vestido con el hábito blanco propio de la Orden Cisterciense.

Por otra parte, estaba la facción representada en Bubierca por el joven cura párroco Don Félix. Éste representaba, la gran influencia que tenía la Iglesia Católica en el poder del Estado, representado por el Alcalde, la Corporación Municipal y, el Secretario del Ayuntamiento.

Aunque, el Estado tenía prácticamente abandonado a Bubierca y a sus representantes institucionales, respecto a la dotación de recursos económicos necesarios para mejorar las necesidades básicas de sus vecinos.

Esa influencia se reflejaba en los desfiles bajo palio, que se hacían en las procesiones. En la asignatura de religión, que se impartía en la Escuela Nacional; Especialmente en el adoctrinamiento de los niños y, en la celebración del mes de mayo, dedicado a la Virgen María.

Sería injusto olvidar en mi relato, que también la Iglesia se preocupaba de la fe y de los problemas terrenales de los bubiercanos.

De mis años de monaguillo, recuerdo todo el ritual de preparar para el cura, la ropa de celebración de la eucaristía, las vinajeras y hostias, las cruces, palios, cirios, incensarios, las bandejas para pedir donativos a los fieles, las huchas para pedir para los misioneros del Domund, etc.

También la emotividad o la tristeza, que me producían las procesiones, entierros con ataúd al hombro de familiares y amigos del difunto, velatorios, la extremaunción, o los bautizos y bodas.

Tampoco se me olvidan, algunos comentarios, que se oían en el pueblo, sobre la posible desaparición de algunos cálices, retablos, y pinturas de la derruida Iglesia de San Miguel.

La verdad es que, entrando en la Ermita de la Virgen de la Esperanza., a la derecha, mezclados con cruces, cirios y palios. Se encontraban algunas pinturas, y pequeños retablos, en lamentable estado de conservación y abandono. No tengo la certeza de que dichos comentarios vecinales, se refirieran a estos objetos. Lo mas probable es, que dichos objetos estuvieran en algún otro lugar desconocido para mi.

Recuerdo el toque de campanas. Diferenciado, si eran para llamar a los fieles a misa, a los funerales, o si había incendio en algún paraje cercano al pueblo.

También recuerdo el campanario de la Ermita de la Virgen de la Esperanza, lleno de palomas y pichones. Además de su lamentable estado de ruina.

Seguramente, la supeditación de la Iglesia al Estado, hizo que la antigua Iglesia de San Miguel se derribara, probablemente, debido a su proximidad con la carretera nacional dos. Para seguidamente, comenzar su moderna construcción, que duró varios años.

Las visitas del Obispo se producían de forma excepcional. Solo vino para administrar la Confirmación de varios bubiercanos, de entre los que yo me encontraba.

Me dijo: “Yo soy el Obispo de Tarazona. Para que te acuerdes de mi, toma”. Al mismo tiempo que me daba en la mejilla un leve cachete.